El 17 de noviembre ofreció el sol un fenómeno admirable. El centro del astro se hallaba oscurecido por una nube, y esta por efecto de aquel, presentaba su circunferencia rodeada de un cerco luminoso vivísimo que difundia hacecillos de rayos.

Por la parte de Sud-oeste se presentó una hermosísima aurora boreal que estendia hasta el cénit su esplendor de púrpura.

Segun la latitud en que nos hallábamos debia desaparecer el sol por todo el invierno el 26 de noviembre; pero desgraciadamente el cielo preñado siempre de niebla, no nos permitió comprobar este fenómeno. Sin embargo, aun esperamos divisarle alguna vez por efecto de la refraccion, y en efecto, no nos engañamos, porque el dia 30 de noviembre desde un sitio elevado observamos durante un momento, salir y ponerse el sol á la vez.

El 24 de diciembre, dia de Noche-Buena, gozamos del espectáculo de otra aurora boreal de un esplendor magnífico: este dia se celebró con una cena estraordinaria, en la cual hicieron gran papel las provisiones de la Fury, pues nos suministraron gran cantidad de tortas de Navidad.

El 9 de enero, en el momento en que me dirigia á tierra, me informó un marinero de que habia visto á los esquimoles: inmediatamente me dirigí hácia el sitio que me designó; y en efecto, descubrí á poco mas de una milla de tierra adentro, á cuatro hombres que al divisarme se ocultaron detrás de un peñasco de hielo. Continué andando hácia ellos, pero como se aparecieran á mi vista de pronto unos treinta hombres formando una masa de diez de fondo y tres de frente, envié á decir á bordo por el marinero que me acompañaba, que destacasen algunos hombres, á los cuales encargué se mantuviesen á corta distancia de mí Tomada esta precaucion, me adelanté solo hasta estar como á cien pasos de los salvages, y observé que cada uno estaba armado de una lanza y un cuchillo. Les grité á modo de saludo, *rima*, *rima*; y me contestaron con una aclamacion general. Hi-

Yo grité en forma de saludo, *rima, rima.....*

ce que avanzara mi pequeño destacamento, y cuando estábamos á sesenta pasos gritamos, tirando los fusiles, *Aia, rima*: los salvages nos imitaron arrojando al punto en todas direcciones sus lanzas y cuchillos, y contestaron con el mismo grito. Fuimos á su encuentro y nos abrazamos mútuamente, ceremonia que produjo en unos y otros una alegría espresada con risas y esclamaciones. Uno de aquellos hombres estaba estropeado de resultas de una lucha con un oso, en que habia perdido una pierna; todos estaban muy bien arropados: llevaban vestidos dobles y un gran capoton provisto de una capucha para echarla por la cabeza; las mangas cubrian hasta los dedos, y las pieles de que se componia su trage, estaban superpuestas por la cara rasa, de modo que presentaban la misma superficie de pelo por la parte esterior que por la que tocaba á su cuerpo: su calzado estaba hecho de pieles dobles, y sus calzones eran de cuero, y cumplidos hasta cubrir sus toscos borceguíes. Lo abultado de sus vestidos les hacian parecer enormes: algunos trages estaban dispuestos con cierto esmero, y adornados de franjas ó listas, compuestas de nervios y sartas de huesecillos pequeños.

Pieles de gloton, de armiño y de becerro marino, les servian, suspendidas al pecho, de adorno accesorio. Las lanzas que tenian parecian bastones, pues por un lado remataban en una bola de marfil, y por el otro en una punta de asta, y el palo estaba compuesto de fragmentos de madera y de hueso; su cuchillo, formado de huesos y de cuernos de rengíferos, constituia un instrumento muy inofensivo, pues carecia de punta y de filo; pero esto debia ser por adorno, puesto que tambien iban provistos de otro mas eficaz colgado á la espalda, el cual era de buen hierro, y con filo y punta muy agudos.

Convinieron en acompañarnos hasta el buque, y los regalos de objetos de hierro que les ofrecimos los aceptaron con grande alegría.

Todos aquellos esquimoles tenian la cara ovalada, ojos ne-

gros y muy juntos, nariz pequeña y pelo oscuro: su piel era cobriza. Me parecieron mas aseados que otros que habia ya visto de su misma especie, llamándome la atencion que tuviesen cortado el cabello, y aun arreglado con algun cuidado. Cuando entraron en mi cámara, donde yo les introduje, quedaron estraordinariamente sorprendidos: los cuadros que representaban compatriotas suyos les lisonjeó y agradó mucho; si bien sobre todo fueron blanco de su admiracion y asombro los espejos, las lámparas y los candeleros y bujías.

Cuando trataron de retirarse, les acompañamos un trecho y convenimos en visitar sus hogares al dia siguiente.

El 10 de enero marcaba el termómetro treinta y siete grados y nos pusimos en camino para acudir á la cita: componíase su aldea de doce chozos de nieve agrupados en el fondo de un pequeño golfo, á dos millas y media del navío. Tenian la forma de vacías puestas boca abajo, y estaban distribuidas sin órden ninguno. Las mugeres y los niños estaban á la puerta, y les distribuimos agujas y cuentas de rosario, con lo cual disminuyó mucho el temor que mostraron cuando nos acercamos.

Un pasillo ó corredor tortuoso conduce á la habitacion principal, que es un espacio en semicírculo de diez pies de diámetro, cuando está ocupado por una sola familia, ó de quince cuando se destina para dos. Dentro, delante de la puerta, tienen construido un banco de hielo de tres pies y medio de largo, por dos de altura, cubierto de pieles, que sirve de cama á toda la familia. A un estremo arde una especie de velon con mecha de musgo, cuyo velon da una llama suficiente para alumbrar y calentar la habitacion. Inmediato á él tienen la vasija de piedra que sirve para hacer la comida; contenia carne de rengífero y becerro marino empapada en grasa. En todo el resto se veian confundidos todo género de utensilios, vestidos, instrumentos, provisiones y armas. Estas cuevas no tenian mas luz del cielo que la que franqueaba un pedazo de hielo ovalado y dispuesto á modo de cristal, en un agujero que daba á la

parte de Levante. En medio del tránsito tortuoso que sirve de preámbulo á la casa, hay una especie de antecámara para los perros. La abertura esterior la varian segun conviene, respecto del lado que suelen reinar los aires.

Las provisiones de rengíferos, becerros marinos y salmones las conservan guardadas entre nieve.

Las mugeres no eran hermosas seguramente, pero tampoco eran inferiores á sus maridos. Nos parecieron casadas todas las que escedian de trece años de edad; en cada casa habia tres ó cuatro y no pudimos saber si pertenecian á un solo hombre. Eran de poca estatura y de aspecto mas descuidado que los varones: sobre todo los cabellos los llevaban en completo desórden. Sus facciones eran dulces y sonrosadas sus megillas, en las que tenian, lo mismo que en la frente y en la barba, rayas, sin duda por adorno. Su trage no difiere esencialmente del de los hombres, solo el ropon esterior varia, el cual termina en punta por detrás y por delante.

Su método de cazar rengíferos consiste en imitar sus carreras y llegar por este medio hasta el centro de sus manadas, para lo cual van cubiertos con una piel de este animal, y provistos de sus cuernos. Para representar son indispensablemente necesarios dos hombres, de los que los pies de uno hacen el papel de pies de delante, y los del otro los de atrás.

Cuando tratamos de diseñar su aldea, se inquietaron algun tanto, pero se tranquilizaron al comprender nuestras intenciones.

Cuando la hora de comer nos obligó á volver á nuestra embarcacion nos acompañaron algunos de aquellos hombres, que se pusieron á comer con nosotros; sirviéronse del cuchillo y tenedor como nosotros, asi que nos observaron un poco. No mostraron aficion á la carne salada, y repugnaron el buding, el arroz y el queso.

El 13 de enero volví á la aldea, donde me recibió muy amistosamente la muger de *Tulluahui*, y me tenia preparado un

vestido completo segun los usaban, en cambio de un pañuelo de seda que la regalé, objeto que parecia agradarle mas que todos los que presenté á sus ojos. Cuando regresé al barco era tan intenso el frio, que perdí un poco de la piel de una megilla (1).

El 15 de enero descendió el termómetro á cuarenta grados; el mercurio estaba helado y el horizonte meridional mas opaco que de costumbre, lo que hacia casi insignificante la luz crepuscular del sol de medio dia.

El esquimol, á quien habíamos regalado una pierna de palo construida por nuestro carpintero, quiso pagar aquel favor con una consulta facultativa en favor de nuestro armero, próximo á morir enfermo del pecho. Un augekok, especie de hechicero, habia para este fin dado principio ya á sus evocaciones, cuando nosotros le prohibimos pasara adelante, porque nuestro enfermo estaba de demasiada gravedad para darnos humor de presenciar el ridículo espectáculo que nos preparaban.

El 21 tuvimos un tiempo en calma y claro, el que aprovecharon un niño y una niña esquimoles, para visitar nuestro barco. La niña particularmente, estaba de tal modo envuelta de pieles, que parecia un globo sustentado por dos montantes.

El 26 de febrero nos ofrecieron un espectáculo de baile mas semejante á evoluciones de osos que á otra cosa, y al cual combinaron un concierto vocal, sostenido por las mugeres, que cerrando los ojos, y abriendo una boca inconmensurable gritaban con toda la fuerza de sus pulmones, *amna Aija*.

El desayuno de los esquimoles se compone de seis libras de becerro marino por cabeza, y aunque parezca exagerado, aun pareceria mas increible la avidez con que comen sin cesar, lo que les obliga tambien incesantemente á ocuparse de proveer á esta necesidad. Un accidente sensible fué el resultado de esta manía de reducirlo todo á cosas de comer; un niño aplicó la

(1) Cuando las tintas violetas de la piel anuncian esta disposicion á la congelacion, frotan los esquimoles con nieve la parte amenazada de muerte.

lengua á un aro de barrica espuesto al rigor de la temperatura ordinaria, y se le quedó adherida, de modo que perdió parte de la epidermis al tratar de retirarla.

Algunos de ellos me vieron un dia hacer observaciones astronómicas, y como la idea de comer ó devorar es la mas culminante en su inteligencia, se apresuraron á investigar si con auxilio de aquellos instrumentos podria facilitarles becerros almizclados.

El 19 de mayo de 1830, á las once de la noche, descubrimos el mar al Oeste del cabo Felix. Este Océano era el objeto de todos nuestros esfuerzos y esperanzas, y el que, una vez libre, debia, como habiamos esperado, conducirnos alrededor del continente de la América del Norte. Pero aun cuando este mar estaba bajo nuestras plantas, ¿seriamos nosotros los llamados á surcarle? ¡Ah! Al cabo de tres años de luchas, de fatigas y de esperanzas incesantemente burladas, nos fué menester abandonar nuestra embarcacion, merced á la sucesion de contínuos inviernos que nos tuvieron bloqueados en el peligroso estrecho de Boothia-Felix. La mar no se abrió ante nosotros para volver la mirada hácia la patria, sino cuando nuestras fuerzas no correspondian ya al espíritu, y cuando comenzaban á faltarnos los víveres.

Mientras este prolongado cautiverio, el capitan Ross se decidió á hacer esploraciones por tierra, ya que el mar le cerraba el paso para dirigirse al Norte, recorriendo el estrecho de Boothia. En estas esploraciones fué en las que llegó á la parte mas al Norte del continente americano, á la cual dió el nombre de cabo *Felix*. Los trabajos y privaciones que pasaron fueron inmensos, pero tanto el capitan como su gente, conservaban la energía que presta la esperanza de descubrimientos. Aun sin embargo, les estaban reservadas otras pruebas harto mas dolorosas y harto mas acompañadas de privaciones en la travesía que tuvieron que hacer despues de abandonar la Victory, por medio de los peñascos de hielo del *estrecho de la Fury*,

tratando de acercarse al del *Príncipe Regente* con la esperanza de encontrar balleneros.

Diciembre de 1832 finó de un modo terrible para nosotros, puesto que heló el mercurio y mantuvo los vientos del Norte y Noroeste, que hacian estar á los hielos en contínua agitacion. Por mas que tratamos de mejorar la cabaña que habiamos construido en la playa del estrecho de Fury, al abandonar nuestra embarcacion, no conseguiamos defendernos mas que á medias de la grandísima intensidad del frio, porque poniéndonos al fuego calentábamos el lado que presentábamos á él, mientras nos helábamos del otro.

El 15 del mismo mes falleció Chimhan Thomas, nuestro carpintero, pérdida primera que teniamos que atribuir al clima y rigor de nuestra posicion. Aquel hombre utilísimo y apreciable tenia muy quebrantada su salud, á causa de los trabajos que habia pasado en navegaciones por los lagos de América, y durante la guerra de los Birmanes: un marino en activo servicio tanto tiempo, es anciano á los cuarenta años.

El mes de marzo fué tambien muy inclemente, y nos entristeció y abatió el ánimo: Thom, mi segundo, estaba enfermo; mis antiguas heridas amenazaban abrirse; nos suministraba pocos recursos la caza, y estábamos amenazados del escorbuto.

A mediados de abril tratamos de organizar los medios de trasporte, porque en nuestras marchas no podiamos llevar todas las provisiones, pues aun quedaban para algunos meses, era menester hacerlo poco á poco en distintos viages, lo que requeria el trabajo de muchos dias en cada estacion. La traslacion de las lanchas que debian servirnos en el momento que la mar estuviera libre, daba márgen al mas penoso trabajo, pues teniamos que hacerlas deslizar por aquellas superficies resbaladizas, é infinitas veces tener que dar con ellas grandísimos rodeos á fin de salvar los peñascos helados que se oponian á su tránsito.

Fué preciso conducir en hombros la embarcacion hasta la orilla.

El 6 de julio vimos desprenderse una enorme masa de hielo, no como los aludes de nieve de los ventisqueros de Suiza que saltan de cresta en cresta amontonando su volúmen y rodando por una pendiente irregular hasta abismarse en el lecho de un torrente: en el desprendimiento que se verificó á nuestros ojos todo fué instantáneo; apenas comenzó á descender se hundió en el mar rompiendo sus campos de hielo como si fuese el cristal de un espejo.

Por fin, el 16 de agosto llegamos al estrecho del Príncipe Regente, donde estuvimos ya con mar libre: trasladamos todas nuestras provisiones á las lanchas y nos hicimos á la vela, pero avanzando con mucha lentitud y dificultad porque lo recio de los vientos y la agitacion de los témpanos de hielo nos obligaban de contínuo á refugiarnos en los golfos formados por la costa, ademas del poco uso que podiamos hacer de las velas. El 25 de agosto despues de una larga navegacion á remo, navegacion fatigosísima para nuestros marineros, atravesamos la bahía de *Havyboard* y en ella tuvimos que detenernos á fin de que cobraran descanso los hombres, estenuados por doce horas contínuas de fatiga.

El 26 á las cuatro de la mañana, cuando todos estaban entregados al sueño, me informó el vigia David Wood, de que creia distinguir una embarcacion, y en efecto, por medio de mi anteojo observé que no se engañaba. Nuestros marinos todos al escuchar la noticia salieron á su vez de las tiendas de campaña dirigiéndose al borde de la playa y discurriendo sobre la naturaleza del buque, su direccion y nacionalidad. Los mas desconfiados nos creian víctimas de una ilusion, tal vez del efecto engañador de algun promontorio de hielo; pero á pesar de todo hicimos señales con pólvora humedecida, y nos lanzamos á las lanchas, en las que á pesar de la calma que se oponia á nuestra marcha, nos hubiéramos acercado hasta el buque mismo que divisábamos si este hubiera permanecido quieto. Por desgracia se levantó de pronto una brisa que le

hizo tomar rumbo al Sud-este, lo que nos obligó á caminar en su seguimiento sin grande esperanza de alcanzarle. A cosa de las diez divisamos otra vela que caminaba con direccion al Norte, y á juzgar por algunas de sus maniobras, creimos un momento que nos habian visto, mas no fué asi porque el barco se alejó. Este instante ha sido el mas cruel de mi existencia: dos navíos estaban próximos á nosotros, uno cualquiera de ellos podia poner término á nuestros temores y fatigas, y ni á uno ni á otro alcanzábamos.

Disimulé cuanto me fué posible la horrible impresion que esperimentaba, porque era necesario sostener el valor de la gente mostrándome impasible. Felizmente reinó de nuevo la calma, y hácia las once divisamos al buque mas próximo á nosotros y que de pronto viró de bordo y que echó al agua la lancha que se dirigió en seguida á nuestro encuentro.

Cuando estuvimos al alcance de la voz, nos preguntó el contramaestre que mandaba la lancha si éramos náufragos, á lo que contestamos que habiamos abandonado nuestro barco, y le preguntamos á nuestra vez el nombre del buque que teniamos á la vista, á la par que le manifesté el deseo de trasladarme á él con mi tripulacion.

Informáronnos de que era el *Isabelle de Hull*, buque que habia estado á mis órdenes otras veces. Yo soy, le dije, el capitan Ross, antiguo comandante de vuestro barco, y los que teneis á la vista conmigo, pertenecen á la tripulacion de *la Victory*. Al escuchar tal noticia quedó confuso y admirado el patron sin que le fuera dado otra cosa que esclamar: ¡El capitan Ross!... ¡El capitan Ross ha muerto! Yo le manifesté que aquella conclusion era muy precipitada; que los vestidos de pieles de oso que llevábamos no era el trage habitual de los balleneros; que nuestras caras famélicas no eran caras de gentes que hubieran abandonado de poco tiempo á aquella parte su embarcacion, indicaciones todas que debian hacerles pensar no éramos impostores.

Al punto vino hasta nosotros el capitan Humphrey en persona, y nos aseguró que él y los suyos, como toda Inglaterra pensaba hacía mucho tiempo que habiamos perecido. Cuando llegamos á bordo fuimos saludados por la tripulacion del *Isabelle* con tres hurras, y despues tratados por el capitan Humphrey con la cordialidad de un marino.

Aun cuando careciésemos de la recomendacion de nuestros nombres y carácter, no hubiéramos tenido menos derecho á la compasion y muestras de atencion que nos prodigaron, porque jamás se puede contemplar una reunion de hombres mas derrotados. Teniamos la barba crecida desde no sé qué época, nuestros vestidos eran asquerosos despojos de bestias salvages, y al comparar nuestros ojos saltones y nuestras megillas hundidas hasta los huesos por el hambre y los trabajos, con el aspecto de los hombres bien vestidos y alimentados que nos rodeaban, comprendimos cuan repugnantes debimos parecerles. Fuerza es advertir que la parte burlesca cesó muy pronto: nos fué menester entregarnos de una vez á todas las operaciones: lavarnos, afeitarnos, vestirnos y comer, y entre tanto se confundia todo esto con el cúmulo de preguntas que mutuamente nos haciamos, respecto de las aventuras de la Victory y del estado de los negocios de Inglaterra. Por fin, pasados los primeros momentos de recíproco entusiasmo, llegó la noche y con ella la vuelta de reflexiones graves y sosegadas: sin duda que ninguno de nosotros dejó de espresar á la Providencia su agradecimiento por habernos sacado del borde de una tumba rodeada de padecimientos, y restituido al seno de nuestros amigos y al mundo civilizado.

El capitan Humphrey nos informó de que acompañado del *William-Lee*, habia intentado con su buque cruzar el estrecho del Príncipe Regente hasta las islas de Leopoldo, esperando recoger alguna noticia de nuestra espedicion, mas bien que hallarnos á nosotros; pero que habian tenido que retroceder ante los hielos de aquellos mares que estorbaban el paso.

El 13 de setiembre de 1833 abandonamos el estrecho de Davy, despues de confiar á las olas, en la bahía de la Procesion, una botella que contenia dentro un papel que referia nuestras tentativas, nuestros trabajos y nuestra salvacion. Esta precaucion fué inútil porque arribamos felizmente á Lóndres á últimos de octubre.

IV.

ASCENSION AL PICO DE TENERIFE.

En el mes de octubre de 1837, dos corbetas francesas que se dirigian á las regiones australes, tocaron de arribada en Tenerife con objeto de refrescar víveres y practicar algunas observaciones de física.

Mr. Dumont d'Urville dispuso hacer una espedicion al pico de Teyda; y héla aqui referida en los propios términos que lo ha hecho uno de los oficiales de la espedicion.

Por medio del vice-cónsul francés adquirimos los caballos y guias indispensables á nuestro propósito; los caballos debian trasladarnos hasta Orotava, distante siete leguas de Santa Cruz. Provistos de vino del pais, mas propio para resistir al calor que los vinos de Francia, montamos á caballo y nos pusimos en camino. Nuestra caravana se componia entre otros de Mr. Dumulin, ingeniero de la espedicion, de Mr. Coupvent-Desleois y de Mr. Lafarge, oficiales de marina: los dos primeros estaban encargados de las observaciones de física, y el último iba armado de su martillo de geólogo. Al salir de la ciudad emprendimos el camino de Laguna que sigue á las alturas inmediatas; por espacio de una legua se halla este camino perfectamente conservado y no ofrece mas dificultad que las